

mento en la parroquia de Santa María de la Almudena. Llamó el primero la atención de los asistentes por los extremos que hizo, y palabras que pronunció en apoyo de la nueva ley fundamental, que según manifestó, quería defender aun á costa de la última gota de su sangre.

Wellington
ataca el Retiro.

A pesar de tales muestras de confianza y júbilo no se quietaba Wellington hasta posesionarse del Retiro; y por tanto le cercó y le empezó á embestir á las seis de la tarde del 13. Habían establecido allí los franceses tres recintos. El primero ó exterior le componían el palacio, el museo y las tapias del mismo jardín con algunas flechas avanzadas para flanquear los aproches. Formaba el segundo una línea de nueve frentes construidos á manera de obras de campaña, con un relleno además y una media luna. Reducíase el tercero á una estrella de ocho puntas ó ángulos que ceñía la casa llamada de la China, por ser antes fábrica de este artefacto.

El Retiro, morada antes de placer de algunos reyes austriacos, especialmente de Felipe IV, que se solazaba allí componiendo de repente obras dramáticas con Calderon y otros ingenios de su tiempo, y también de Fernando VI y de su esposa Doña Bárbara, muy dada á oír en su espléndido y ostentoso teatro los dulces acentos de cantores italianos: este sitio, recuerdo de tan amenas y pacíficas ocupaciones, habiendo cambiado ahora de semblante, y llenándose de aparato bélico, no experimentó seme-

jante transformación sin gran detrimento, y menoscabo de las reliquias de bellas artes que aun sobrevivían; y la esperimentó bien inútilmente, si hubo el propósito de que allí se hiciese defensa algo duradera.

Porque en la misma tarde del 13 que fué acometida la fortaleza, arrojó el general Packenham los puestos enemigos del Prado y de todo el recinto exterior, penetrando en el Retiro por las tapias que caen al jardín botánico, y por las que dan en frente de la plaza de toros junto á la puerta de Alcalá. Y en la mañana del 14, al ir á atacar el mismo general el segundo recinto, se rindió á partido el gobernador, que lo era el coronel Lefond. Tan corta fué la resistencia, bien que no permitía otra cosa la naturaleza de las obras, suficientes para libertar aquel parage de un rebate de guerrillas, pero no para sostener un asedio formal. Concediéronse á los prisioneros los honores de la guerra, y quedaron en poder de los aliados, contando también empleados y enfermos, 2,506 hombres: además 189 piezas de artillería, 2,000 fusiles, y almacenes considerables de municiones de boca y guerra.

Le toma.

Para calmar los ánimos de los comprometidos con José residentes todavía en Madrid, y atraer á nuestras banderas á los alistados en su servicio, ó sean jurados, como los apellidaban, dió el general Alava una proclama concebida en términos conciliadores. Su publicación produjo buen efecto, y tal, que en pocas horas se presentaron á las autorida-

Proclama del
general Alava.

des legítimas mas de 800 soldados y oficiales. Sin embargo, las pasiones que reinaban, y sobre todo la enemistad y el encono contra la parcialidad de José de los que ántes se consideraban oprimidos bajo su yugo, fueron causa de que se motejase de lene y aún de impolítica la conducta del general Alava. Achaque comun en semejantes crisis, en donde tienen poca cabida las decisiones de la fria razon, y sí mucho séquito las que sugieren propias ofensas, ó irritantes y recientes memorias. Subieron las quejas hasta las córtes mismas, y costó bastante á los que solo apetecian indulgencia y concordia, evitar que se desaprobase el acertado y tolerante proceder de aquel general.

Reprehensi-
ble porte de
D. n. Carlos
de España.

Otro rumbo siguió Don Carlos de España. Inclinado á escudriñar vidas pasadas, y á molestar al caído, de condicion en todos tiempos perseguido-
ra, tomó determinaciones inadecuadas y aun violentas, publicando un edicto en el que teniéndose poca cuenta con la desgracia, se ordenaban malos tratamientos con palabras irónicas, y se traslucian venganzas. Desacuerdo muy vituperable en una autoridad suprema, la cual, sobreponiéndose al furor ciego y momentáneo de los partidos, conviene que solo escuche al interes bien entendido y permanente del Estado, y que exprese sus pensamientos en lenguaje desapasionado y digno. En Don Carlos de España graduóse tal porte hasta de culpable, por notarse en sus actos propension codiciosa, de que dió en breve pruebas palpables, apro-

de ser
de la

piándose haberes agenos atropellada y descaradamente.

Ahogaron pues en gran manera el gozo de los madrileños semejantes procedimientos. Tambien el no sentir inmediato alivio en la miseria y males que los abrumaban, habiendo confiado sucederia así luego que se alejase el enemigo y se restableciese la autoridad legítima. Esperanzas que consolando en la desdicha, casi nunca se realizan; porque en los tránsitos y cambios de las naciones, ni es dable tornar á lo pasado, ni subsanar cumplidamente los daños padecidos, como tampoco premiar los servicios que cada cual alega, á veces ciertos, á veces fingidos ó exagerados.

Otras me-
das. descer-
tadas.

Destemplaron asimismo la alegría varias medidas de la regencia y de las córtes: tales fueron las decretadas sobre empleados y sus purificaciones, de que hablaremos en otro lugar: tales igualmente las que se publicaron acerca de las monedas de Francia introducidas en el reino, y de las acuñadas dentro de él con el busto del rey intruso. Tuvieron origen las resoluciones sobre esta materia en el año de 1808, á la propia sazón que invadieron nuestro territorio las tropas francesas; pues sus gefes solicitando entónces que sus monedas circularan con igual ventaja que las españolas, consiguieron se nombrase una comision mixta de ensayadores naturales y extranjeros, cuyos individuos, parciales ó temerosos, formaron una tarifa en gran menoscabo de nuestros intereses¹, la cual mereció la apró-

La de mon-
edas.

[1 Ap. n.º.]

bacion del Consejo de Castilla, amedrentado ó con poco conocimiento de la materia.

No es dado afirmar si esta comision verificó los debidos ensayos de las monedas respectivas, ni tampoco si se vió asistida de los conocimientos necesarios acerca de la ley metálica ó grado de fino y del peso legal, con otras circunstancias que es menester concurrir para determinar el *verdadero valor intrínseco* de las monedas; pero parece fuera de duda que tomó por base general de la reduccion el valor que correspondia entónces *legalmente* al peso fuerte de plata reducido á francos, sin tener cuenta con el *remedio ó tolerancia* que se concedia en su ley y peso, ni con el *desgaste* que resulta del uso. Así evaluábase la pieza de 5 francos en 18 reales 25 maravedises, $\frac{4}{3}$ $\frac{7}{3}$ $\frac{2}{3}$, y el escudo de 6 libras tornesas en 22 reales y 8 maravedises.

En el oro la diferencia fué mas leve, habiéndosele dado al napoleon de 20 francos el valor de 75 reales, y al luis de oro de 24 libras tornesas el de 88 reales y 32 maravedises: consistió esto en no haber tenido presente la comision de ensayadores, entre otras cosas, la razon diversa que guardan ambos metales en las dos naciones; pues en España se estima ser diez y seis veces mayor el valor nominal del oro, cuando en Francia no llega ni á quince y medio.

Siguióse de esta tarifa en adelante para los españoles en las monedas de plata un quebranto de 9 y 11 por 100, y en las de oro de 1 y 2 por 100; de ma-

nera que en las provincias ocupadas apenas circulaba mas cuño que el extranjero.

Los daños que de ello se originaron, junto con la aversion que habia á todo lo que emanaba del invasor, motivaron dos órdenes fechas, una en 4 de abril de 1811, y otra en 16 de julio de 1812. Dirigiase la primera á prohibir el curso de las piezas acuñadas en España con busto de José, previniéndose á los tenedores las llevasen á la casa de la moneda, en donde recibirian su justo valor en otras legales y permitidas. Encaminábase la segunda, ó sea la circular de 1812, á igual prohibicion respecto de la moneda francesa, especificándose lo que en las tesorerías se habia de dar en cambio; á cuyo fin se acompañaba una tarifa apreciativa del valor intrínseco de dicha moneda, y por tanto bastante diverso del que calcularon en 1808 los ensayadores nombrados al intento. Este trabajo, aunque imperfecto, se aproximaba á la verdad, en especial respecto de las piezas de 5 francos, si bien no tanto en los escudos de 6 libras, y ménos todavía en las monedas de oro.

La prohibicion de las fabricadas con busto del rey intruso no tuvo otro fundamento sino odios políticos ó precipitada irreflexion, pues sabido es que se acuñaban los pesos fuertes de José con el mismo peso y ley que los procedentes de América: debiendo tambien notarse que en Francia se estiman los primeros, aun mas desde que el arte perfeccionado de la afinacion ha descubierto en ellos mayor porcion de oro que en los antiguos, habiendo sido co-

munmente fabricados los modernos del tiempo de la invasion con bajillas y alhajas de iglesia, en que entraba casi siempre plata sobredorada.

Estas dos providencias, tan poco meditadas como lo habia sido la tarifa de 1808, excitaron clamor general, lo mismo en Madrid que en los demas puntos á medida que se evacuaban, por el quebranto insinuado arriba que de súbito resultó, mayormente pesando las pérdidas sobre los particulares, (1 Ap. n. 3.) y no sobre el erario, y alterándose¹ repentinamente por sus disposiciones el valor de las cosas. En muchos parages suspendieron sus efectos las autoridades locales, y representaron al gobierno legítimo; el cual á lo último, aunque lentamente, pues no lo [3 Ap. n. 4.] verificó² hasta el septiembre de 1813, mandó que por entónces se permitiese la circulacion de la moneda del rey intruso acuñada en España, y tambien la del imperio frances, arreglándose casi en un todo á la tarifa de 1808, perjudicialísima esta en sí misma, mas de difícil derogacion en tanto que no fuese el erario y no los particulares, el que soportase la pérdida ó diferencia que existia entre el valor real ó intrínseco de la circular de 1812, y el supuesto de la tarifa de 1808.

Habiendo tardado algun tiempo en efectuarse la suspension, aun por las autoridades locales, de las órdenes de 1811 y 1812, el trastorno que ellas causaron fué notable y mucha la desazon, encareciéndose los víveres en lugar de abaratare, y acreciéndose por de pronto el daño con las especulaciones

lucrosas é inevitables de algunos tragineros y comerciantes. Así que necesidad hubo del odio profundo que se abrigaba en casi todos los corazones contra el extranjero, y tambien de que prosiguiesen cogiendo laureles las armas aliadas, para que no se entibiasen los maradores de los pueblos, ahora libres, en favor de la buena causa.

A dicha continuaron sucediéndose faustos acontecimientos al rededor y aun léjos de la capital. En Guadalajara 700 á 800 hombres que guarnecian la ciudad á las órdenes del general Preux, antiguo oficial suizo al servicio de España, se rindieron el 16 de este agosto á Don Juan Martin el Empecinado. Desconfiado Preux á causa de su anterior conducta, queria capitular solo con Lord Wellington; mas este le advirtió que si no se entregaba á las tropas españolas que le cercaban, le haria pasar á cuchillo con toda la guarnicion.

Fueron evacuando los franceses la orilla derecha del Tajo, y uniéndose sus destacamentos al cuerpo principal de su ejército del centro, que proseguia retirándose via de Valencia. Salieron de Toledo el dia 14, en donde entró muy luego la partida del Abuelo, recibida con repique general de campanas, iluminaciones y otros regocijos. Por todas partes destruia el enemigo la artillería y las municiones que no podia llevar consigo, y daba indicio de abandonar para siempre, ó á lo ménos por largo tiempo, las provincias de Castilla la Nueva. En su tránsito á Valencia, encontraron José y los suyos tropiezos

Toma el Empecinado á Guadalajara.

Abandonan el Tajo los franceses del centro, y se dirigen á Valencia.

Trabajos que tuvieron en el camino.

y muchas incomodidades, escaseándose los víveres y sobre todo el agua, por haber los naturales cegado los pozos y destruido las fuentes en casi todos los pueblos, que tal era su enemistad y encono contra la dominacion extraña. Padedieron mas que todos los comprometidos con el intruso y sus desgraciadas familias, pues hubo ocasion en que no tuvieron ni siquiera una sed de agua que llevar á la boca, segun aconteció al terrible ministro de policía Don Pablo Arribas.

Algunos sucesos en Castilla la Vieja.

En Castilla la Vieja, viendo los enemigos la suerte que habia cabido á su guarnicion de Tordesillas, y temerosos de que acaeciera otro tanto á las ya bloqueadas de Zamora, Toro y Astorga, destacaron del ejército suyo, llamado de Portugal, 6000 infantes y 1200 caballos á las órdenes del general Foy, para que aprovechándose del respiro que les daba el ejército aliado en su excursion sobre Madrid, libertasen las tropas encerradas en aquellos puntos. Consiguieronlo con las de Toro, alejándose los españoles que bloqueaban la ciudad. No fueron tan dichosos en Astorga, adonde se dirigió Foy engrosado en el camino con otro cuerpo de igual fuerza al que llevaba. 300 de sus ginetes se adelantaron á las cercanías; mas la guarnicion compuesta de 1200 hombres, y mandada por el general Remond, se habia rendido el 18 de agosto en consecuencia de las repetidas y mañosas intimaciones del coronel Don Pascual Enrile, ayudante general del estado mayor del sexto ejército.

La guarnicion de Astorga se entrega á los españoles.

Recibió Foy tan sensible nueva en la Bañeza, y no pasando adelante, se enderezó hácia Carvajales con intento de sorprender al conde de Amarante, que habiendo levantado el bloqueo de Zamora, tornaba á su provincia de Tras-los-Montes. Se le frustró el golpe proyectado al general frances, quien tuvo que contentarse con recoger el 29 la guarnicion de aquella plaza, no habiendo llenado sino á medias el objeto de su expedicion.

Ni dejaron tampoco de inquietar al enemigo por el propio tiempo los diferentes cuerpos de que se componia el séptimo ejército, y que ascendian á unos 12,000 infantes y 1600 caballos, ayudados en las costas de Cantabria por las fuerzas marítimas inglesas. Colocóse Don Juan Diaz Porlier entre Torrelavega y Santander, y ejecutando diversas maniobras, disponíase á atacar esta ciudad cuando los enemigos la evacuaron, como tambien toda aquella costa, excepto el punto de Santoña. Porlier entró en Santander el 2 de agosto, y allí proclamó con pompa la constitucion, haciendo el saludo correspondiente por tan fausto motivo los buques británicos fondeados en el puerto.

Séptimo ejército español.

Evacuan los franceses á Santander.

Avanzó Porlier en seguidá á Vizcaya, cuya capital, Bilbao, habian desamparado los enemigos en los primeros dias de agosto. Reunido allí con Don Gabriel de Mendizábal, general en jefe del séptimo ejército, y con Don Mariano Renovales, que mandaba la fuerza levantada por el señorío, se apostaron juntos en el punto llamado de Bolueta, para

Sucesos en Vizcaya.

hacer rostro al frances, que engrosado revolvía sobre la villa de Bilbao. Le rechazaron los nuestros completamente el 13 y 14 del mismo agosto. El 21 insistieron los enemigos, regidos por el general Rouget, en igual propósito, mas no con mayor ventura; teniendo al fin que acudir en persona el general Caffarelli para penetrar en aquella villa, como lo verificó el día 28. Pero siendo el principal objeto de los franceses socorrer y avituallar á Santoña, luego que lo consiguieron abandonaron otra vez á Bilbao el 9 de septiembre. Entónces celebráronse allí grandes festejos, se presentó la junta diputacion, y convocándose la general, se instaló esta el 16 de octubre, presidida por Don Gabriel de Mendizábal: se publicó la constitucion, y conforme á ella, despues de haber examinado dicha junta el estado de armamento y defensa de la provincia, hicieron sus individuos dejacion de sus cargos, para que los habitantes usasen á su arbitrio de los nuevos derechos que les competian.

A poco depositaron la confianza en Don Gabriel de Mendizábal, á fin de que indicase los individuos que juzgase mas dignos de componer la nueva diputacion, recayendo el nombramiento en las mismas personas que designó aquel general. Unidos todos, continuaron haciéndose notables esfuerzos en los meses que restaban de 1812, con deseo de inquietar al enemigo, y poner en mas órden la tropa alistada y la exaccion de arbitrios. Longa, dependiente de este distrito, coadyuvó á estos fines, mo-

lestando á los franceses, señaladamente en un encuentro que tuvo en el valle de Sedano al acabar noviembre, en donde sorprendió al general Fromant, matándole á él y á mucha gente suya, y cogiéndole bastantes prisioneros. Despues atacó á los que ocupaban las salinas de Añana, y les tomó el punto y 250 hombres, habiendo tambien destruido los fuertes de Nanclares y Armiñon, que abandonó el enemigo. No bastaron sin embargo tales conatos para impedir que al cerrar del año, el mismo 31 de diciembre, ocupasen nuevamente los franceses la villa de Bilbao: contratiempo que era de temer sobreviniera por la situacion topográfica de aquellas provincias aledañas de Francia, y de conservacion indispensable para el enemigo, en tanto que permanecieron sus tropas en Castilla; pero que compensó grandemente la suerte en el año inmediato de 1813, en que amanecieron dias prósperos para el afianzamiento de la independencia peninsular.

Salíó Lord Wellington de Madrid el 1.º de septiembre, habiendo alcanzado con la toma de la capital dar aliento á los defensores de la patria, libertar varias provincias, y mas que todo producir en la Europa entera una impresion propicia en favor de la buena causa. Para añadir otras ventajas á las ya conseguidas, pensó en continuar la guerra sin dar descanso al enemigo, y mandó que en Arévalo se juntasen en su mayor parte las fuerzas aliadas.

Allí le dejaremos ahora para volver los ojos á las Andalucías. La victoria de Salamanca, la entrada

Salíó Wel-
lington de
Madrid y pa-
sa á Castilla
la Vieja.

Sucesos en
Andalucía.

de los aliados en Madrid, el impulso que por todas partes recibió la opinión, y la necesidad de reconcentrar el enemigo sus diversos cuerpos, eran sucesos que naturalmente habian de ocasionar prontas y favorables resultas en aquellas provincias; mayormente desamparadas las de Castilla la Nueva y recogido á Valencia José y su ejército del centro; movimiento que embarazaba la correspondencia con los franceses del mediodía, ó permitia solo comunicaciones tardías é inciertas.

Nada digno de referirse habia ocurrido en las Andalucías desde la acción de Bornos, ni por la parte de la sierra de Ronda, ni tampoco por la de Extremadura. La expedición que el general Cruz Mourgeon habia llevado en auxilio de Don Francisco Ballesteros, despues de volver á la Isla de Leon, y de hacer un nuevo desembarco y amago en Tarifa, tornó á Cádiz por última vez en los primeros dias de agosto; y rehecha y aumentada se envió á las órdenes del mismo general Cruz al condado de Niebla, tomando tierra en Huelva en los dias 11 y 15 del propio mes.

Por su lado Lord Hill, despues de su excursión al Tajo, en que habia tomado los fuertes de Napoleon y Ragusa, permanecia en la parte meridional de Extremadura con las fuerzas anglo-portuguesas de su mando, y asistido del quinto ejército español, no muy numeroso. Observaban allí unos y otros los movimientos del cuerpo que regia el general Drouet; mas ahora tratóse de maniobrar de modo

que hostilizasen al mariscal Soult y á los cuerpos dependientes de su mando las tropas aliadas que andaban en su torno, y las obligasen á acelerar la evacuación de las Andalucías, cuya posesion no podia el enemigo mantener largo tiempo, despues de lo ocurrido en las Castillas durante los meses de julio y agosto.

Dieron los franceses muestras claras de tales intentos, cuando sin aguardar á que los acometiesen comenzaron á levantar el sitio de la Isla gaditana el 24 de agosto de este año de 1812; quedando enteramente libre y despejada la línea en el dia 25, despues de haberla ocupado los enemigos por espacio de mas de dos años y medio. Las noches anteriores, y en particular la vispera, arrojaron los franceses bastantes bombas á la plaza; y aumentando sobremanera la carga de los cañones, y poniendo á veces en contacto unas bocas con otras, reventaron y se destrozaron muchas piezas de las 600 que se contaban entre Chiclana y Rota.

Repique general de campanas, cohetes, luminarias, todo linage en fin de festejos análogos á tan venturoso suceso, anunciaron el contentamiento y universal alborozo de la población. Las córtes interrumpieron sus tareas, suspendiendo la sesión de aquel dia; y los vecinos y forasteros residentes en Cádiz, salieron de tropel fuera del recinto para examinar por sí propios los trabajos del enemigo, y gozar libremente de la apacible vista y saludable temple del campo de que habian estado privados

Levantán
los franceses
el sitio de Ca-
diz.

por tanto tiempo. Distraccion del ánimo inocente y pura, que consolaba de males pasados, y disponia á sobrellevar los que encerrase la inconstante fortuna en su porvenir oscuro.

En los mismos dias que los enemigos levantaron el sitio de Cádiz, abandonaron tambien los puntos que guardaban en las márgenes del Guadalete y serranía de Ronda, clavando por todas partes la artillería y destruyendo cuanto pudieron de pertrechos y municiones de guerra. Cogieron sin embargo los españoles una parte de ellos, como tambien 30 barcas cañoneras que quedaron intactas delante de la línea de Cádiz.

Llano era que á semejantes movimientos se seguiría la evacuacion de Sevilla. Impelió igualmente á que se verificase la marcha que sobre aquella ciudad emprendió el general Cruz Mourgeon, conforme á la resolucion tomada de molestar al mariscal Soult. Le sostenia y ayudaba en esta operacion el coronel Skerret con fuerza británica. Los franceses se habian retirado del condado de Niebla á mediados de agosto, despues de haber volado el castillo de la villa del mismo nombre, dejando solo de observacion en Sanlúcar la Mayor unos 500 á 600 hombres, infantes y ginetes. Los dos gefes aliados trataron de aproximarse á Sevilla; y creyendo ser paso previo atacar á los últimos, lo verificaron arrojándolos de allí con pérdida. En seguida reconcentraron los nuestros sus fuerzas en aquel pueblo, y les sirvió de estímulo para avanzar el saber que

Marcha de Cruz Mourgeon sobre Sevilla.

Soult desamparaba á Sevilla con casi toda su gente.

Hábíalo en efecto verificado á las doce de la noche del 27, dejando solo en la ciudad parte de su retaguardia, que no debía salir hasta las 48 horas despues. Léjos estaban de recelar los enemigos un pronto avance de nuestras tropas, y por tanto continuaron ocupando sosegadamente las alturas que se dilatan desde Tomares hasta Santa Brígida, en donde tenian un reducto. El general Cruz Mourgeon, destacando algunas guerrillas que cubriesen sus flancos, se adelantó á Castilleja de la Cuesta, en cuyos inmediatos olivares se alojaban los enemigos, teniendo unos 40 hombres en Santa Brígida sin artillería por haberla sacado en los dias anteriores. Acometieron los nuestros con brio á sus contrarios, y los desalojaron de los olivares, obligándolos á precipitarse al llano. Protegia á los franceses su caballería; pero estrechada esta por los ginetes españoles, abandonó á los infantes, que se vieron perseguidos por nuestra vanguardia al mando del escocés Don Juan Downie, quien habia levantado una legion que se apellidaba de leales extremeños, vestida á la antigua usanza; servicio que dio ocasion á que la marquesa de la Conquista, descendiente de Francisco Pizarro, ciñese al Don Juan la espada de aquel ilustre guerrero, que se conservaba aun en la familia.

Al propio tiempo se atacó el reducto; pero malogradamente hasta que vieron los que le guarnecian ser imposible su salida, é inútil resistencia mas pro-

Evacuacion de Sevilla.

Arremete Cruz Mourgeon en Triana contra la retaguardia francesa.

longada. El general Cruz, queriendo tambien aprovecharse de la ventaja ya conseguida en los olivares de Castilleja, destacó algunos cuerpos para que yendo por la derecha, camino de San Juan de Alfarache, se interpusiesen entre los enemigos y el puente de Triana, á fin de evitar la rotura ó quema de este; cosa hacadera siendo de barcas. Mas no parándose la vanguardia española ni el coronel Skerret en perseguiimiento de los franceses, impidieron que se realizase aquella maniobra, pues cerraron de cerca por el camino real, no solo á las fuerzas rechazadas de Castilleja, sino tambien á todas las que el enemigo allí reunia, las cuales fueron replegándose en 3 columnas con 2 piezas de artillería y 200 caballos, y se apostaron teniendo á su derecha el rio y á sus espaldas el arrabal de Triana. Motivo por el que resolvió Cruz Mourgeon, consultando al tiempo, que Don José Canterac, en vez de sostener con la caballería, como habia pensado, los cuerpos de la derecha, ayudase el ataque que daban Downie y Skerret, verificándolo con tal dicha que su llegada decidió la completa retirada del enemigo de la llanura que todavía ocupaba.

Avanzaron los aliados y se metieron en Triana, empeñándose reciamente el combate en la cabeza del puente. Quien mas se arriscó fué Downie con su legion: dos veces le rechazaron, y dos le hirieron; á la tercera arremetiendo casi solo, saltó á caballo por uno de los huecos que los franceses habian practicado en una parte del puente quitando las ta-

blas traviesas, y fué derribado, herido nuevamente en la mejilla y en un ojo, y hecho prisionero. Conservó sin embargo bastante presencia de ánimo para arrojar á su gente la espada de Pizarro, logrando así que no sirviese de glorioso trofeo á los enemigos.

Estos, aunque ufanos de haber cogido á Downie, viéndose batidos por nuestra artillería colocada en el malecon de Triana, y atacados por nuestras tropas ligeras que cruzaron el puente por las vigas, ni pudieron acabar de cortar este, ni les quedó mas arbitrio que meterse en la ciudad cerrando la puerta del Arenal. Pero habilitado sin tardanza el puente con tablonés que pusieron los vecinos, fuéles permitido á todas las tropas aliadas ir pasando el rio con celeridad, infundiendo así aliento á las guerrillas que iban delante y á los moradores. Pronto se vieron felices resultas; pues abierta la puerta del Arenal sin que los enemigos lo notasen, echadas á vuelo las campanas, colgadas muchas casas, y siendo universal el júbilo y la algazara, metiéronse los nuestros por las calles, y subió á tanto grado el aturdimiento de los franceses y su espanto, que á pesar de los esfuerzos de sus generales, empezaron los soldados á huir hasta el punto de arrojar algunos las armas, teniendo todos al fin que salir por la puerta Nueva y la de Carmona con direccion á Alcalá, abandonando 2 piezas, muchos equipages, rico botiquin, caballos, y perdiendo 200 prisioneros. En desquite lleváronse consigo á Downie gran tre-

Entra Cruz
en Sevilla.

cho; y solo le dejaron libre, aunque mal parado, á unas cuantas leguas de Sevilla.

Sigue Soult su retirada hácia Murcia.

No persiguieron los nuestros á los franceses en la retirada, observándolos tan solo de léjos la caballería. Cruz Mourgeon se detuvo en la ciudad, en donde se publicó la constitucion el 29 de agosto, dos dias despues de la entrada de los aliados. Se celebró el acto en la plaza de San Francisco, acompañado de las mismas fiestas y alegría que en las demas partes.

Ballesteros.

Cóntinuó el mariscal Soult su marcha, obligado á estar siempre en vela por la aversion que le tenian los pueblos, y por atender á los movimientos de Don Francisco Ballesteros, que desembocando de la serranía de Róna, le amagaba continuamente engrosado algun tanto con 3 regimientos que de la isla de Leon destacó la regencia bajo el mando de Don Joaquin Virués.

Reencuentros de este.

En el tiempo que promedió desde la funesta accion de Bórnos hasta la evacuacion de Sevilla, no dejó Ballesteros de molestar al enemigo, ya amenazando á Málaga, aunque irreflexivamente, ya entrando en Osuna con la dicha de sorprender á su gobernador y de coger un convoy, ya en fin distrayendo la atencion de los franceses de varios modos. Mas ahora, no siéndole tampoco dado atacar á Soult de frente á causa de la superioridad de las fuerzas de este, se limitó para incomodarle á ejecutar maniobras de flanco, amparado de las breñas y pintorescas rocas de la sierra de Torcal. Acometió el 3

de septiembre en Antequera á la retaguardia francesa mandada por el general Semelé, y la acosó tomándole algunos prisioneros, bagages y 3 cañones. Lo mismo repitió al amanecer del 5 en Loja, apretando de cerca los españoles á sus contrarios hasta Santa Fe.

Permaneció el mariscal Soult algunos dias en Granada, donde se le juntaron varios destacamentos que fueron sucesivamente evacuando los pueblos y ciudades de aquella parte, entre ellas Málaga, que habia sido abandonada en los últimos dias de agosto despues de haber volado el castillo de Gibralfaro. Dió tambien con eso lugar á que se le aproximase el quinto cuerpo frances á las órdenes del general Drouet, conde d'Erlon, quien acantonado en Extremadura hácia Llerena, se habia mantenido allí desde mayo sin ser incomodado por el general Hill ni por los españoles. Así lo habia querido Lord Wellington, temeroso de algun desman que comprometiese sus operaciones de Castilla la Vieja; de cuya resolucion no se apartó hasta que yendo de ventura en ventura, y habiéndose dispuesto, segun insinuamos, á hostilizar á Soult y cuerpos dependientes de su mando, recibió orden Hill de coadyuvar á este plan: por lo cual, al paso que Cruz y Skerret se movieron la vuelta de Sevilla, marchó tambien aquel general ingles sobre Llerena el 29 de agosto, formado en cuatro columnas, con ánimo de espantar á Drouet de aquellos lugares; mas llegó cuando los franceses habian ya levanta-

Drouet abandona la Extremadura.

Se dirige por Córdoba á Granada.

do el campo, y se retiraban por Azuaga camino de Córdoba. Desistió Hill de ir tras ellos; y conforme á instrucciones de Lord Wellington se enderezó al Tajo acompañado de las divisiones españolas de Morillo y de Penne Villemur, para obrar de concierto con las demas tropas británicas, ya á la sazón en Castilla la Nueva.

Va tras él en observacion el coronel Schepeler.

Dejósele pues á Drouet continuar tranquilamente su marcha, y ni siquiera fué rastreando su huella otra fuerza que un corto trozo de caballería que el general español Penne Villemur destacó á las órdenes del coronel alemán Schepeler, de quien hablamos con ocasion de la batalla de la Albuera. Desempeñó tan distinguido oficial cumplidamente su encargo, empleando el ardid y la maña á falta de otros medios mas poderosos y eficaces. Replegábase el enemigo lentamente, como que no era incomodado, conservando todavia cerca del antiguo Castel de Belmez, ahora fortalecido, una retaguardia. Deseoso el coronel Schepeler de aventarle, y careciendo de fuerzas suficientes, envió de echadizos á unos franceses que sobornó, los cuales con facilidad persuadieron á sus compatriotas ser tropas de Hill las que se acercaban, resolviendo Drouet en su consecuencia destruir las fortificaciones de Belmez el 31 de agosto, y no detenerse ya hasta entrar en Córdoba. Schepeler avanzó con su pequeña columna, y desparramándola en destacamentos por las alturas de Campillo y salidas de la sierra, cuyas faldas descienden hácia el Guadalquivir, ayudado

tambien de los paisanos, hizo fuegos y ahumadas durante la noche y el día en aquellas cumbres, como si viniesen sobre Córdoba fuerzas considerables; apariencias que sirvieron de apoyo á las engañosas noticias de los espías. No tardó el enemigo en disponer su marcha, y á la una de la madrugada del 3 de septiembre tocó generala, desamparando los muros de Córdoba al quebrar del alba. Tomaron sus huestes el camino del puente de Alcolea, yendo formadas en tres columnas. Otros ardidés continuó empleando Schepeler para alucinar á sus contrarios, y el mismo día 3 por la tarde se presentó delante de la ciudad, cuyas puertas halló cerradas, temerosos algunos vecinos de las guerrillas y sus tropelías. Pero cerciorados muy luego de qué eran tropas del ejército las que llegaban, todos, hasta los mas tímidos, levantaron la voz para que se abriesen las puertas; y franqueadas, penetró Schepeler por las calles, siendo llevado en triunfo y como en bido hasta las casas consistoriales con aclamacion universal, y gritando los moradores: ¡ya somos libres! En el arrobamiento que se apoderó del coronel con tan entusiasmada acogida, figurósele, segun nos ha contado él mismo, que renacian los tiempos de los Umeyas, y que volvía victorioso á Córdoba el invencible Almanzor después de haber dado feliz remate á alguna de sus muchas campañas, tan decantadas y aplaudidas por los ingenios y poetas árabes de aquella era; similitud no muy exacta, y vuelo harto remontado de la fantasía del coronel

Entra Schepeler en Córdoba.

(1. Ap. n. 5.)

Desmanes
de Echávarri.

aleman, hombre por otra parte respetable y digno. Mas á pesar de su triunfo se vió éste angustiado no asistiéndole las fuerzas que se imaginaban en la ciudad, y manteniéndose todavía no muy léjos el general Drouet. Aumentó su desasosiego la llegada de Don Pedro Echávarri, quien valido del favor popular de que gozaba en aquella provincia, habia acudido allí al saber la evacuación de Córdoba. Hombre ignorante el Don Pedro y atropellado, quiso, arrogándose el mando, hacer pesquisas y ejecutar encarcelamientos, procurando cautivar aun mas la afición que ya le tenia el vulgo con actos de devoción exagerada. Contuvo Schepeler al principio tales demasías; mas no despues, siendo nombrado Echávarri por la regencia comandante general de Córdoba; merced que alcanzó por amistades particulares, y por haber lisonjeado las pasiones del dia, ya persiguiendo á los verdaderos ó supuestos partidarios del gobierno intruso, ya publicando pomposamente la constitucion; pues este general adulaba bajamente al poder cuando le creia afianzado, y se gallardeaba en el abuso brutal y crudo de la autoridad, siempre que la ejercia contra el flaco y desvalido.

Sigue Drouet
retrándose.

Afortunadamente no le era dado á Drouet, á pesar de constarle las pocas fuerzas nuestras que habia en Córdoba, y de los desvarios de Echávarri, revolver sobre aquella ciudad. Impedíasele el plan general de retirada; por lo que prosiguió él la suya, aunque despacio, vía de Jaen, con rumbo á Hués-

car, donde se puso en inmediato contacto con el ejército del mariscal Soult.

Rodeado ya este de todas sus fuerzas, evacuó á Granada el 16, encaminándose al reino de Murcia. Noticioso de ello Ballesteros, trató de inquietarle algun tanto, haciendo que el brigadier Barrutell, pasando por Sierra Nevada, le acometiese en los Dientes de la Vieja; lo cual se ejecutó causando al enemigo mucho azoramiento y alguna pérdida.

Libre Granada, pisó su suelo el 17 de septiembre el ejército del general Ballesteros, siendo el primero que penetró allí el príncipe de Anglona, acogido con no menores obsequios, alegría y festejos que los demas caudillos en las otras ciudades.

Entra en
Granada el e-
jército de Ba-
llesteros.

Respiraron así desahogadamente las Andalucías; y será bien que ahora, ántes de apartar la vista de pais tan deleitoso y bello, examinemos, aunque rápidamente, la administracion francesa que rigió en ellas durante la ocupacion, y reframos algunos de los males y pérdidas que allí se padecieron. Apareció en general desastrada y ruinosa dicha administracion. Eran las contribuciones extraordinarias, como casi en todos los paises en que los enemigos dominaban, de dos especies: una que se pagaba en frutos aplicada á la manutencion de las tropas y á los hospitales; otra en dinero, y conocida bajo el nombre de contribucion de guerra. Fija esta, variaba la primera, segun el número de tropas estantes ó transeuntes, y segun la probidad de los gefes ó su venal conducta. Adolecían especialmen-

Administra-
cion francesa
en las Andá-
lucias.

te de este achaque algunos comisarios de guerra, quienes con frecuencia recibian de los ayuntamientos gratificaciones pecuniarias para que no hiciesen pedidos exorbitantes de raciones, ó para que las distribuyesen equitativamente conforme á lo que prevenian los reglamentos militares.

Con dificultad se podrá computar lo que pagaron los pueblos de la Andalucía á los franceses durante los dos y mas años de su ocupacion. No obstante, si nos atenemos á una liquidacion ejecutada por el comisario regió de José, conde de Montarco, la cual no debiera ser exagerada atendiendo á la situacion y destino del que la formó, aquellos pueblos entregaron á la administracion militar francesa 600.000,000 de reales: suma enorme respecto de lo que ántes pagaban; siendo de advertir, no se incluyen en ella otras derramas impuestas al antojo de gefes y oficiales sin gran cuenta ni razon, como tampoco auxilios en metálico que venian de Francia destinados á su ejército.

Para dar una idea mas cabal é individualizada de lo que estas provincias debieron satisfacer, y para inferir de ahí lo gravadas que fueron las demas de España, segun la duracion mayor ó menor de su ocupacion, manifestarémos en este lugar lo que pagó la provincia de Jaen, de la que hemos podido haber á las manos datos mas puntuales y circunstanciados. Echósele á esta provincia por contribucion de guerra la suma de 800,000 reales mensuales, ó sean 21.600,000 reales al año; y pagó por es-

te solo impuesto y por el de subsistencias, desde febrero de 1810 hasta diciembre de 1811, 60.000,000 de reales: cantidad que resulta de las oficinas de cuenta y razon, y á la cual, si fuese dable, deberia añadirse la de las exacciones de los comandantes de la provincia y de su partido, y de los comisarios de guerra y otros gefes para su gasto personal; de las que no daban recibos, considerándolas como cargas locales. Lo molesto y ruinoso de semejantes disposiciones, aparece claramente comparando estos gravámenes con los que ántes de la guerra actual pesaban sobre la misma provincia, y se reducian á unos 8.000,000 de reales en cada un año, á saber: mitad por rentas provinciales, y mitad por ramos estancados. Así, una comarca meramente agrícola, y cuya poblacion no es excesiva, aprontó en ménos de dos años lo que ántes pagaba casi en ocho.

Las cargas llegaron á ser mas sensibles en 1811. Hasta entónces los ayuntamientos buscaban recursos para los suministros en los granos del diezmo, exigiéndolos de los cabildos eclesiásticos, ya como contribuyentes en los repartimientos comunes, ya por via de anticipacion con calidad de reintegro. Pero en aquel año dispuso el mariscal Soult que los granos procedentes del diezmo se depositasen en almacenes de reserva para el mantenimiento del ejército; órden que se miró como inhumana, y algo pa- recida á los edictos sobre granos del pretor roma- no de Sicilia, principalmente entónces cuando el

[1 Ap. n. 6.]